

la mejor gramática y el mejor diccionario que pueda procurarse, una Biblia alemana, las obras de Schiller, las obras de Goethe, y la *Historia* de Niebuhr, (original y traducción). Mi manera de aprender una lengua es empezar siempre por la Biblia, que puedo leer sin diccionario. A los pocos días de esto, domino todas las partículas comunes, las reglas comunes de la sintaxis y un vocabulario bastante extenso. Entonces caigo sobre alguna buena obra clásica. De este modo aprendí el español y el portugués, y ensayaré el mismo procedimiento con el alemán.

Poco ó nada tengo que decirle de mí. Mi vida ha corrido aquí con extraña rapidez. Me parece que era ayer cuando salí de mi patria, y ahora estoy pidiéndole que apresure preparativos para mi vuelta. Sigo gozando de perfecta salud, y las turbonadillas políticas que he tenido que sufrir aquí son simples ráfagas de viento para un hombre que ha conocido los grandes huracanes de la oposición inglesa.

Enviaré por otro buque un duplicado del artículo sobre Bacon.

Muy sinceramente suyo,

T. B. MACAULAY.

Calcuta, 28 de Noviembre de 1836.

Querido Napier: En el artículo sobre Bacon hay una cosa que le agradeceré á usted mucho corrija. He dicho que Bacon no se entregó á declamaciones ociosas «como aquellas en que Cicerón y Mr. Shandy buscaron consuelo por la pérdida de Tullia y de Roberto». Nada más cierto en general; pero se me pasó que dos ó tres de las frases consolatorias de Mr. Shandy están

tomadas de los *Ensayos* de Bacon. El ejemplo, por consecuencia, no puede ser más desgraciado. Le ruego que modifique el pasaje así: «en que Cicerón buscó en vano consuelo por la pérdida de Tullia». Comprendo que es una nimiedad corregir tales bagatelas á una distancia de quince mil millas.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

*De lord Jeffrey á Macvey Napier, Esquire.*

2 de Mayo de 1837.

Mi querido N.: ¿Qué mortal soñará nunca en cercenar la menor partícula de esa preciosa obra para que se amolde mejor á su Revista de usted? Sería peor que rebajar el diamante Pitt para que encajara en el antiguo engaste de una sortija. Desde el propio Bacon yo no sé que haya habido nada tan superior. Las cinco ó seis primeras páginas están en un tono menos elevado, pero todavía son magníficas, y no puede quitárseles una palabra.

Sin embargo, no vea inconveniente en que se mire si no sería mejor servir en dos platos tan rico alimento; y, bien mirado, á esa división me inclino. Ciento veinte páginas pueden ahitar hasta á epicúreos, y serían una indigestión segura para el vulgo; y la biografía y la filosofía son tan completamente diferentes, y tan poco desiguales en dimensiones, que la división no parecería un fraccionamiento.

FRANCISCO JEFFREY.

Por fin, apareció íntegro el artículo, que ocupaba 104 páginas de la Revista, acompañado de una justifi-



ficación de su longitud bajo la forma de una de esas apelaciones editoriales «á las personas doctas» y á «la categoría más selecta de nuestros lectores», que nunca dejan de surtir efecto.

Las cartas dirigidas á Zacarías Macaulay están llenas en gran parte de menudencias referentes á la niña—una porción de monadas para leídas por un abuelo.—En lo demás, la correspondencia se distingue principalmente por la solicitud cariñosa con que el hijo escoge los temas que pueden interesar al padre.

Calcuta, 12 de Octubre de 1836.

Mi querido padre: Tuvimos un gran placer al recibir hace pocos días una carta suya, enterándonos bastante bien de su salud y del estado de su ánimo. Pasado mañana es el primer aniversario del nacimiento de su nietecita de usted. El acontecimiento ha de celebrarse con una función de muñecos muy en boga entre los indígenas: un espectáculo por el estilo del Punch de Inglaterra, pero más dramático y vistoso. Están convidados todos los niños de las familias de nuestros amigos, y la fiesta será, sin duda, mucho más divertida que las sandias comidas y tertulias con que las personas mayores de aquí matan el tiempo.

Dentro de pocos meses—quizá dentro de pocas semanas—enviaremos al gobierno el Código penal. Hemos suprimido la pena de muerte, excepto en el caso de grave traición ó de asesinato. Suprimiremos también de una manera indirecta todo lo que pueda llamarse propiamente esclavitud en la India. Subsistirá el derecho á exigir ciertos servicios en ciertas personas; pero nadie, por ser amo de otro, podrá hacer á

ese otro nada que fuese un delito, si se hiciese á un hombre libre.

Nuestras escuelas inglesas prosperan maravillosamente. Nos es difícil—en algunos puntos imposible—proporcionar instrucción á todos los que la desean. Sólo en la ciudad de Hugly hay mil cuatrocientos niños aprendiendo el inglés. El influjo que ejerce esta educación sobre los indios es prodigioso. Un indio, que recibe una educación inglesa, no es ya sinceramente adicto á su religión. Algunos siguen profesándola por consideraciones políticas; pero muchos se declaran deístas y algunos abrazan el cristianismo. Creo firmemente que, si se siguen nuestros planes de educación, de aquí á treinta años no habrá un solo idólatra en las clases respetables de Bengala. Y esto se conseguirá sin esforzarse en hacer prosélitos, sin el menor atentado á la libertad religiosa, sino por la influencia natural de la cultura y de la reflexión. Es una perspectiva que me halaga vivamente.

Lamento muy de veras la muerte de Mill. El y yo nos llevábamos muy bien, y nunca eran tan necesarios como ahora sus servicios en la Administración de la India. Pocas semanas antes de saber su muerte recibí una carta muy bondadosa de él.

Dentro de medio año, á partir de la fecha en que lea usted esta carta, estaremos haciendo preparativos para nuestro regreso. No puedo expresar los sentimientos con que pienso en esa vuelta. Quizá sería acertado continuar aquí más tiempo, para disfrutar durante mayor número de meses, de la ilusión—porque sé que resultará una ilusión—de esta deliciosa esperanza. Me parece como si nunca pudiese ser desgraciado en mi patria, como si el vivir en Inglaterra y entre ingleses, si el ver las cosas antiguas y familiares



y oír el sonido de mi lengua materna, fuese bastante para mí. Eso no puede ser. Sin embargo, algunos días de intensa felicidad tendré seguramente, y uno de ellos será el día en que vuelva á ver á mi querido padre y á mis queridas hermanas.

Siempre suyo cariñosísimo,

T. B. MACAULAY.

Calcuta, 30 de Noviembre de 1836.

Querido Ellis: ¡Cómo corren los meses! Ya estamos en otra estación fría; mañanas de niebla, ropa de paño, guisantes verdes, patatas nuevas y todo lo que distingue á un invierno de Bengala. En cuanto á mi vida privada, se ha deslizado, desde la última vez que le escribí, en la más tranquila monotonía. A no ser por los libros que leo y por el crecimiento corporal y mental de mi querida sobrinita, no tendría señal ninguna para distinguir una parte del año de otra. Griego y latín, almuerzo, negocios, paseo por la tarde con un libro, salida en coche después de la puesta, comida, café, á la cama; he ahí la historia de un día. Mis estudios clásicos continúan de firme. He leído dos veces á Demóstenes, y no necesito decir con qué deleite y admiración. Ahora ando muy metido en harina con Isócrates, y de él pasará á Lisias. Por fin acabé á Diodoro Sículo, después de andarme remoloneando con él á ratos perdidos desde Marzo último. Es un bestiaza crédulo y enojoso; sin embargo, yo desearía sinceramente que tuviésemos mucho más de él. He leído la *Expedición de Alejandro*, de Arriano, juntamente con Quinto Curcio. He leído en horas sueltas la novela de Longo y las *Efesiacas* de Jenofonte, y pien-

so hacer lo mismo con Heliodoro y Aquiles Tacio. Longo es asombrosamente absurdo; pero frecuentemente hay cierta gentileza exquisita en su estilo. La novela de Jenofonte (1) es lo infimo que puede encontrarse en griego. Fué descubierta en Florencia, hace poco más de cien años, por un enviado inglés. Jamás salió cosa más detestable de la fábrica de las novelas. He vuelto á leer á Teocrático, y me agrada más que nunca.

Respecto á latín, he hecho un esfuerzo heroico para atreverme con la *Historia natural* de Plinio, pero me atasqué cuando llevaba una cuarta parte. He leído á Ammiano Marcelino, lo peor escrito en latín antiguo. El estilo sería una mengua para un monje del siglo x; pero Marcelino tiene muchas de las cualidades esenciales de un buen historiador. He leído la *Historia augustana* y mucha broza más relativa al bajo Imperio; todo ello interesante como testimonio del estado de la sociedad, pero sin mérito ninguno como composición. He vuelto á leer á Estacio, y me ha parecido tan malo como siempre. En rigor, no he encontrado más que dos versos dignos de un gran poeta en toda la *Tebaida*. Son estos. ¿Qué le parece á usted de mi gusto?

«*Clamorem, bello qualis supremus apertis  
Urbibus, aut pelago jam descendente carinâ.*»

(1) Jenofonte de Efeso vivió en los siglos III ó IV de la Era cristiana. Al fin de su obra ha escrito Macaulay: «Obra estúpida, sin valor ninguno, inferior á la mayor paparrucha de una biblioteca circulante de Inglaterra.» A Aquiles Tacio le despacha con estas palabras: «Paparrucha detestable; y sobre las *Etiópicas* de Heliodoro, que parece haber concluido en las Pascuas de 1837, dice: «La mejor de las novelas griegas, lo cual no es decir mucho en su abono.»



Ahora ando á vueltas con Quintiliano y Lucano, excelentes escritores los dos. El sueño de Pompeyo del séptimo libro de la *Farsalia* es un trozo magnífico de literatura. Apenas conozco en poesía ejemplo de un efecto tan grande logrado con medios tan sencillos. Hay algo irresistiblemente patético en estos versos.

*Qualis erat populi facies, clamorque faventum  
Olim cum juvenis...*

y algo indeciblemente solemne en la transición repentina que sigue:

*Crastina dira quies...*

Hay dos pasajes en Lucano que exceden en elocuencia á todo lo que yo conozco en lengua latina. Uno es la enumeración de las hazañas de Pompeyo:

*Quod si tam sacro dignaris nomine saxum...*

El otro es el retrato que hace Catón de Pompeyo:

*Civis obit, inquit...*

Una verdadera joya de retórica, sin una táctica, y, en mi opinión, no muy distante de la verdad histórica (1). Cuando pienso que Lucano murió á los vein-

(1) Al fin del ejemplar de la *Farsalia* que poseía Macaulay se lee lo siguiente:

«30 de Agosto de 1835.

«Cuando se considera la edad de Lucano, no puede menos de convenirse en que el poema es muy extraordinario; más

tiséis años, no puedo menos de colocarle entre los hombres más extraordinarios que ha habido en el mundo.

Me alegro de que tenga usted tanto trabajo, y siento que tenga usted tan poco tiempo libre. Dentro de pocos años será usted un barón del Exchequer (1); y entonces tendremos tiempo de sobra para hablar de nuestros clásicos favoritos. Entonces le enseñaré á usted una corrección soberbia de Bentley á propósito de Ampelio, y le daré razones irrefutables para sostener que Gibbon se equivocaba al suponer que Quinto Curcio escribió bajo Gordiano.

Mis recuerdos afectuosos á Mrs. Ellis. Espero encontrar á Paco escribiendo tan buenos alcaicos como los de su padre.

Siempre suyo afectísimo,

T. B. MACAULAY.

extraordinario quizá que si hubiese sido de índole superior: porque es más común que la imaginación se halle en toda su fuerza en una edad temprana de la vida que no el que un joven logre el pleno dominio de la retórica política y filosófica. No conozco elocuencia en el mundo, ni aun lo mejor de Cicerón, que iguale á algunos pasajes de la *Farsalia*. En cuanto á los que querían ser atrevidos arranques poéticos—el combate naval de Marsella, el Centurión cubierto de heridas, serpientes del desierto líbico—todo ello es tan detestable como las odas de natalicio de Cibber. La furiosa parcialidad de Lucano mengua mucho el placer que, de otro modo, proporcionaría su talento. Un poeta que es, como el lo fué á menudo, más historiador que poeta, debe atemperarse hasta cierto punto á las leyes de la historia. La manera que tiene de representar á los dos partidos no conforma siquiera con las leyes de la ficción. Los senadores son semidioses; Pompeyo, un amante puro de su patria; Catón, la idea abstracta de la virtud; mientras que César, el más cumplido caballero, el conquistador más humano y el político más popular que produjo Roma, es un ogro sanguinario. Si Lucano hubiese vivido, quizá hubiese mejorado mucho. Vuelto á leer, 9 de Diciembre de 1836.»

(1) Juez del Tribunal del Exchequer.—(N. DEL T.)